



MUERTE DEL PADRE DEL REY

La tentación de la Junta Democrática

El Conde de Barcelona fue propuesto para encabezar la oposición a Franco

F. M. MADRID

El 30 de junio de 1974, unas semanas antes de que Franco enfermara gravemente y dieciséis meses antes de su muerte, Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comu-

nista, y Rafael Calvo Serer, un profesor y editor vinculado al Opus Dei, anunciaron en París la formación de la Junta Democrática. Se trataba de una alianza de fuerzas y personalidades políticas que se proponía actuar

para provocar la caída del régimen. Contaban o creían contar con el respaldo de poderosas fuerzas políticas homologables en Europa: socialistas, demócratas cristianos, liberales, comunistas.

La alianza pretendía coronar la operación invitando a don Juan de Borbón y Battenberg a que se pusiera a la cabeza de la oposición y lanzara un manifiesto tomando posición en contra de Francisco Franco, como lo había hecho en 1945. Así, por iniciativa de Calvo Serer y José Vidal Beneyto (*Peptín Vidal*), otro de los miembros destacados de la Junta Democrática, el abogado Antonio García Trevijano, marchó a Estoril a transmitir la propuesta a don Juan. «El Conde de Barcelona se mostró conforme con la idea de lanzar un llamamiento a la opinión pública española, y se acordó que se le presentara un documento en una reunión que se celebraría en Montecarlo en el mes de mayo», recuerda Trevijano.

La reunión en cuestión tuvo lugar en el palacio del príncipe de Mónaco, el 10 de mayo, coincidiendo con las elecciones presidenciales francesas. Los miembros de la Junta tenían la ilusión de que triunfara el socialista François Mitterrand, ya que así España quedaría flanqueada por gobiernos de izquierda. En Portugal había estallado, el 25 de abril, la revolución de los claveles.

En Montecarlo, Trevijano presentó a don Juan el documento de la Junta. Pero don Juan no aceptó la idea de lanzar un manifiesto contra Franco.

Conspiradores en Lisboa

Los conspiradores no cejaron en su empeño y se encontraron, a mediados de mayo, en el hotel Ritz de Lisboa. Con ellos estaban Gabriel Navarro Rincón, caracterizado representante de la burguesía española; elementos carlistas; y dos representantes del Partido Nacionalista Vasco, a quienes el gobierno revolucionario portugués concedió un visado, por mediación de Calvo Serer y Mario Soares, a petición de Manuel de Irujo. Estaba también Raúl Morodo, del Partido Socialista Popular. Y estaba rigurosamente de incógnito, Santiago Carrillo.

La reunión se hizo, según Calvo Serer «con una discreción asombrosa. Eran casi treinta personas del exilio y del interior de España que iban a comprometer al hijo de Alfonso XIII, a buscar un futuro jefe de Estado... ¡y la prensa no se enteró de ello! Es dudoso que la Policía española lo haya ignorado, aunque no tuvo consecuencias para quienes regresaron a España. Había peligro de represiones, multas, vejaciones...».

Los conspiradores antifranquistas habían acordado plantear abiertamente al conde de Barcelona la necesidad de que hiciera una declaración a favor de la monarquía democrática. Ninguno creía que la de su hijo Juan Carlos, prevista por Franco, pudiese serlo nunca, como señalara poco más tarde Santiago Carrillo en un libro



Don Juan, con su hijo don Juan Carlos en Barajas, en 1971, cuando el Conde de Barcelona tenía prohibido visitar Madrid.

EL CORREO

de Regis Debray y Max Gallo (Madrid, España).

Una vez lanzada la declaración de Juan de Borbón, pensaban, la Junta Democrática iniciaría en Lisboa una campaña «no monárquica pero sí de aceptación de la Monarquía democrática hasta que se hiciera el plebiscito», según Calvo.

A esa campaña, Carrillo sumaría miles de emigrantes que, días más tarde, el 23 de junio, iban a reunirse en Ginebra como lo habían hecho recientemente en París y en Toulouse. A Ginebra concurriría, como oradora de excepción, Dolores Ibarruri, que residía en Moscú.

A la reunión con don Juan de Borbón sólo acudieron Rafael Calvo Serer y Antonio García Trevijano. Los demás aguardaron. No lo hicieron Carrillo, por razones obvias, ni los carlistas, que podían aducir motivos dinásticos, ni los demás miembros de la Junta.

Calvo Serer resumió (*) así el episodio: «Le propusimos a don Juan que hiciera una declaración a 'Le Monde'. Nos dijo que hablaría con su hijo el 10 de junio que volveríamos a reunirnos en Lisboa, entre el 10 y 24 de junio».

No al pronunciamiento

Cuando todo parecía listo para este último encuentro, García Trevijano recibió en su despacho de Madrid una llamada desde Alicante, del coronel José Lacour, ayudante de don Juan de Borbón, quien le anunció que iba a visitarlo. La cosa era urgente. Lacour le comunicó que don Juan había dado marcha

atrás y que anulaba su pronunciamiento. Era el 12 de junio.

Pero, no dándose por vencidos, los autores de la idea regresaron a Portugal. La primera reunión con Juan de Borbón la tuvieron en la casa del coronel Lacour, en Estoril. Los complotados se manifestaron profundamente afectados por la negativa del Conde de Barcelona. Los más afectados eran los monárquicos, según Trevijano, cuya versión de los hechos prosigue así: «Los presentes, en su mayoría monárquicos convencidos, manifestaron que el pueblo español esperaba que la Corona, en la persona de don Juan, sabría poner término a cuarenta años de dictadura y abrir los cauces a la Monarquía democrática».

Los monárquicos allí presentes insistieron una y otra vez en que ésta era la oportunidad esperada y que, con una declaración de esta índole, don Juan se ganaba a la opinión pública. Era preciso formular una declaración que implicara la ruptura democrática, de lo contrario nunca sería rey. «Ante la insistencia de sus amigos, la fuerza y el poder de convencimiento de sus argumentos —recordó Trevijano—, don Juan guardó silencio. Tardó unos segundos en responder, que a los presentes les parecieron siglos. Don Juan vacilaba, buscando las palabras precisas. No las encontraba. Yo intervine para decirle breve pero llanamente: «Le pido que no mantenga ilusiones en los monárquicos que han gastado su dinero, su prestigio y, en ocasiones, su vida en aras de la Corona y le

ruego que se pronuncie. ¿Quiere o no ser rey?...». Una vez más, don Juan vaciló y confesó que no sabía. Respuesta que provocó estupefacción en los monárquicos.

Duras palabras

La reunión realizada el 21 de junio 1974, fue muy amarga para todos los presentes. Los monárquicos estaban decepcionados. Los demás habían visto cómo sus planes se venían al suelo. Don Juan debió escuchar, de algunos de los presentes, palabras muy duras sobre su hijo, según García Trevijano. Se mostró abatido y, entre otras cosas dijo: «No tengo por qué tener ningún tipo de consideración con Juan Carlos. El asunto es político y no familiar ni afectivo. No acepto hacer declaraciones porque, con ellas, vosotros no me podéis asegurar que llegue al trono y, en cambio, con ellas puedo destruir las posibilidades de reinar de mi hijo».

mar la Corona».

Sin embargo, don Juan aceptó, finalmente, conceder la entrevista a *Le Monde* si García Trevijano lograba convencer a uno de los hombres más influyentes en su círculo de asesores, Pedro Sainz Rodríguez. Esa noche, en Lisboa se congregaban monárquicos y simpatizantes de don Juan que, como todos los años, acudían con motivo de su onomástica, el 24 de junio. La noticia de la entrevista sostenida corrió muy pronto entre ellos. García Trevijano acudió al día siguiente a Villa Giralda, al almuerzo con don Juan y Sainz Ro-

Don Juan no aceptó la idea de lanzar un manifiesto contra Franco

El Conde de Barcelona tuvo que oír frases muy duras contra su hijo

El 25 de junio los miembros de la Junta cancelaron la oferta

dríguez, en medio de un clima de versiones y rencillas en el seno del *entourage* del Conde de Barcelona.

La comida tuvo lugar en el restaurante Albatros, de Estoril. Trevijano llevó consigo, como testigo del encuentro, a *Peptín Vidal*. En aquel restaurante de lujo concluyó, prácticamente la gestión de los conspiradores de la Junta democrática ante el hijo de Alfonso XIII.

La comida fue tensa, según García Trevijano, que encontró en Sainz Rodríguez un adversario intransigente. Sainz Rodríguez leyó, en cambio, el borrador de un discurso que don Juan debía pronunciar el día 24, en el cual, según el abogado granadino «quedaba manifiesta la renuncia al trono a favor de Juan Carlos». Los miembros de la Junta democrática abandonaron Lisboa. Era su primer fracaso importante.

El enfado de Carrillo

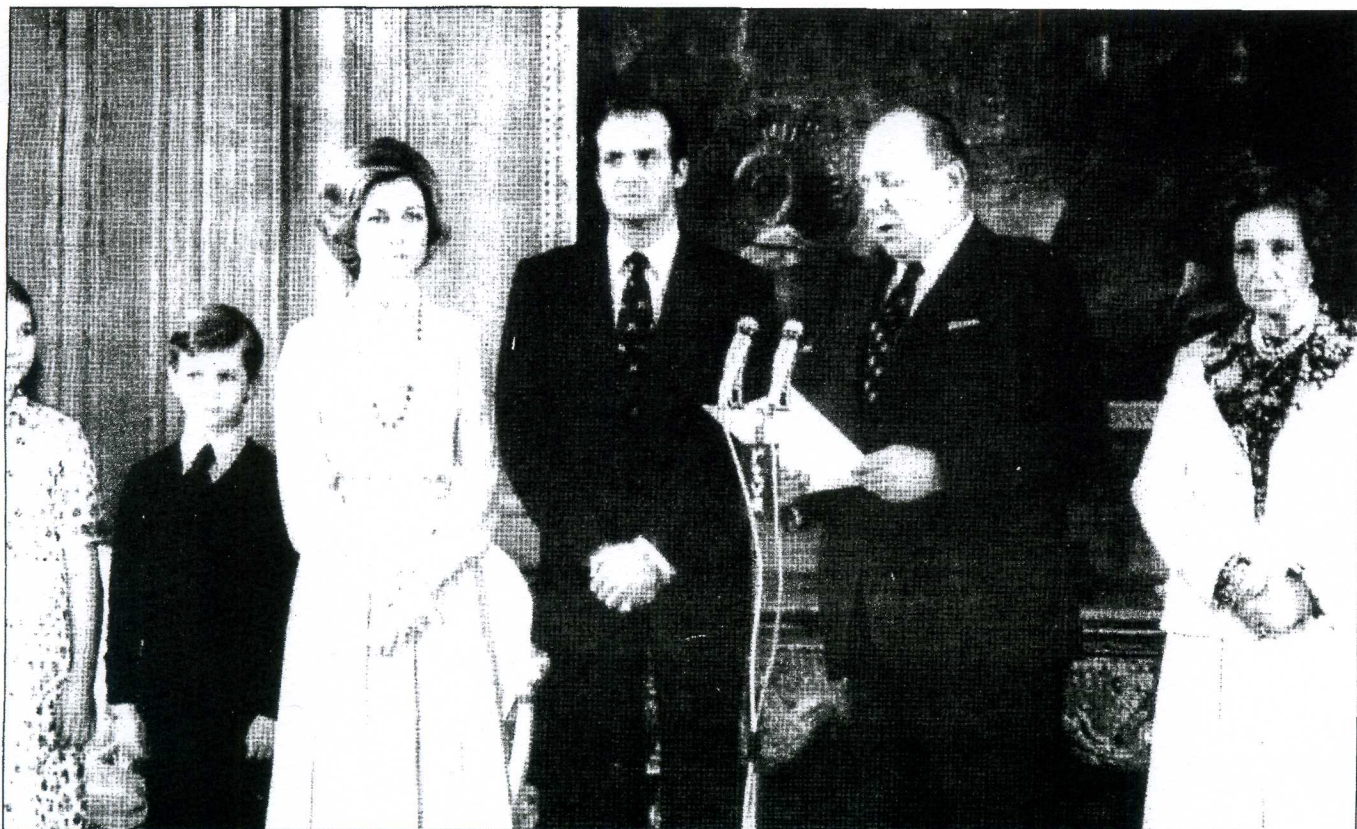
«Carrillo se fue con un cableo a Ginebra...», rememora Calvo Serer. «En París, pensaba hacer una declaración diciendo que el Partido Comunista aceptaba la Monarquía arbitral... ¡y se encontraba con que don Juan decía que no!». El día 23 de junio, en Ginebra, venciendo la resistencia de las autoridades suizas, que habían vetado su participación en un acto en el que sólo se iban a oír sus voces grabadas, Dolores Ibarruri y Santiago Carrillo se presentaron ante 20.000 emigrantes españoles eufóricos.

Esa misma noche, en Estoril, don Juan —que cumplía 61 años y vivía en el exilio desde hacía 28— presidió una cena rodeado de decenas de personas que pertenecían a su disuelto Consejo Privado, a grupos democristianos, socialdemócratas y liberales. Ni Rafael Calvo Serer ni García Trevijano estuvieron presentes. «Cuando se tiene una conducta tan larga y casi sufrida, creo que merezco un poco de confianza, incluso en mis silencios», dijo, significativamente, el Conde de Barcelona.

El 25 de junio, los miembros de la Junta Democrática reunidos nuevamente en el hotel Lotti de París, decidieron que quedaba cancelada la oferta que se le había hecho a don Juan, aunque la alianza política no adoptaría posición monárquica ni republicana. Refrendado por respecto a Calvo Serer, Santiago Carrillo no pudo evitar, sin embargo, un comentario en el sentido de que don Juan de Borbón «podía haber sido un De Gaulle español, pero se ha 'aburguesado'».

(*) Las declaraciones de Trevijano y de Calvo Serer al autor fueron hechas en el primer semestre de 1981.

MUERTE DEL PADRE DEL REY



El Conde de Barcelona durante la ceremonia de la renuncia de sus derechos dinásticos en favor de su hijo, el rey don Juan Carlos, celebrada en el Palacio de la Zarzuela el día 14 de mayo de 1977.

EL CORREO

«Ofrezco a mi patria la renuncia»

El 14 de mayo de 1977 don Juan traspasaba la legitimidad dinástica a su hijo

F. M.
COLPISA MADRID

En los últimos tiempos del franquismo, Juan Carlos I temió que la muerte del dictador desatase un conflicto dinástico. Miembros de la Junta Democrática, Rafael Calvo Serer y Antonio García Trevijano, se habían entrevistado con don Juan de Borbón con el fin de que hiciese unas declaraciones a *Le Monde* sobre la Monarquía española y su legítimo sucesor. El Conde de Barcelona se negó, aunque tuvo palabras muy duras: «No tengo por qué tener ningún tipo de consideración con Juan Carlos. El asunto es político y no familiar ni afectivo. No acepto hacer declaraciones porque, con ellas, vosotros no me podéis asegurar que llegue al trono y, en cambio, en ellas puedo destruir las posibilidades de reinar de mi hijo».

El príncipe, que durante la enfermedad de Francisco Franco le sustituía como jefe del Estado en funciones, envió a su padre, que residía en Portugal, un emisario que le transmitiera que las fuerzas armadas apoyaban una salida monárquica encarnada en él. El emisario en cuestión fue el teniente general Manuel Díez Alegría. Don Juan no respondió al general. Pero el nuevo Rey, coronado el 22 de noviembre, tras las exequias del dictador, supo de la buena voluntad de su padre por dos gestos y un conducto secreto.

Los primeros fueron los siguientes:

— Don Juan pidió a la familia real británica que enviara a la ceremonia de coronación de su hijo la más alta representación oficial. En respuesta, la reina Isabel II llamó por teléfono a don Juan Carlos y envió a Madrid a su esposa, Felipe de Edimburgo.

— A la muerte de Franco, don Juan de

Borbón emitió una declaración tan suave respecto del hombre que le había privado de ser rey que se afirma que aquellos monárquicos que eran antifranquistas la recibieron con disgusto.

Finalmente, don Juan Carlos recibió en el palacio de la Zarzuela a un enviado secreto de su padre, un profesor universitario, que le entregó una carta en la cual le decía que el traspaso de la legitimidad dinástica se haría cuando él quisiera.

Discurso de don Juan

El 14 de mayo de 1977, cuando comenzaba la transición política en España, don Juan de Borbón, padre del rey Juan Carlos, pronunció el siguiente discurso de abdicación:

«Mi padre, su Majestad el rey Alfonso XIII, el 14 de abril de 1931, en su mensaje de despedida al pueblo español, suspendió deliberadamente el ejercicio del poder, manifestando de forma terminante que deseaba apartarse de cuanto fuese lanzar un compatriota contra otro en fratricida guerra, pero sin renunciar a ninguno de sus derechos, que no consideraba suyos, sino, como dijo, «un depósito acumulado por la historia, de cuya custodia ha de pedirme rigurosa cuenta». Esta actitud de mi padre, que revela un amor acendrado a España, que todos les han reconocido, ha sido una constante de mi vida, pues desde joven me consagré a su servicio».

«Por circunstancias especiales de todos conocidas recayó sobre mi este depósito sagrado, y el rey Alfonso XIII, el 15 de enero de 1941, en su manifiesto de abdicación, decía: «Ofrezco a mi patria la renuncia de mis derechos para que por ley histórica de sucesión a la Corona quede automáticamente designado, sin discusión posible en cuanto a la

legitimidad, mi hijo el príncipe don Juan, que encarna en su persona la institución monárquica, y que será, el día de mañana, cuando España lo juzgue oportuno, el rey de todos los españoles».

«En su testamento, recomendó a su familia que me reconociesen como jefe de la familia real, como siempre le había correspondido al Rey de la Monarquía española».

«Cuando llegó la hora de su muerte, con plena conciencia de sus actos, invocando el santo nombre de Dios, pidiendo perdón y perdonando a todos, me dio, estando de rodillas junto a su lecho, el último mandato: «Majestad, sobre todo, España».

«El amor intenso a España que caracterizaba fundamentalmente al rey Alfonso XIII me lo inculcó desde niño, y creo no sólo haberlo conservado, sino quizá aumentado en tantos años de esperanza ilusionada. El espíritu de servicio a nuestro pueblo, la custodia de los derechos de la dinastía, el amor a nuestra bandera, la unidad de la patria, admitiendo su enriquecimiento con las peculiaridades regionales, han sido constantes que, grabadas en mi alma, me han acompañado siempre».

Rey de todos

«El respeto a la voluntad popular, la defensa de los derechos personales, la custodia de la tradición, el deseo del mayor bienestar posible promoviendo los avances sociales justos, han sido y serán preocupación constante de nuestra familia, que nunca regateó esfuerzo y admitió todos los sacrificios, por duros que fuesen, si se trataba de servir a España. En suma, el Rey tiene que serlo para todos los españoles».

«Fiel a estos principios, durante treinta y

seis años he venido sosteniendo invariablemente que la institución monárquica ha de adecuarse a las realidades sociales que los tiempos demandan; que el Rey tenía que ejercer un poder arbitral por encima de los partidos políticos y clases sociales sin distinciones; que la Monarquía tenía que ser un estado de derecho, en el que gobernantes y gobernados han de estar sometidos a las leyes dictadas por los organismos legislativos constituidos por una auténtica representación popular; que aún siendo la religión católica la profesada por la mayoría del pueblo español, había que respetar el ejercicio y la práctica de las otras religiones dentro de un régimen de libertad de cultos, como estableció el Concilio Vaticano II; y, finalmente, que España, por su historia y por su presente, tiene derecho a participar destacadamente en el concierto de las naciones del mundo civilizado».

«Por todo ello, instaurada y consolidada la Monarquía en la persona de mi hijo y heredero don Juan Carlos, que en las primeras singlaturas de su reinado ha encontrado la aquiescencia popular claramente manifestada, y que en el orden internacional abre nuevos caminos para la patria, creo llegado el momento de entregarle el legado histórico que heredé y, en consecuencia, ofrezco a mi patria la renuncia de los derechos históricos de la Monarquía española, sus títulos, privilegios y la jefatura de la familia y Casa Real de España que recibí de mi padre, el rey Alfonso XIII, deseando conservar para mí, y usar como hasta ahora, el título de Conde de Barcelona». «En virtud de esta mi renuncia, sucede en la plenitud de los derechos dinásticos como Rey de España a mi padre, el rey Alfonso XIII, mi hijo y heredero, el rey don Juan Carlos I».